

El dinero escaso

El medio de contrarrestar la tendencia inflacionista secular del dinero, creada por el interés del capital —fuera del hacer desaparecer la causa, lo cual no ha sido nunca un objetivo de los economistas— es el empleo de métodos automáticos de mantener la escasez de medio circulante, en grado suficiente para corregir aquella tendencia. El recurso más clásico consiste en enlazar el valor del dinero al de alguna mercancía que se juzgue de valor más o menos estable. Las más corrientes de todas han sido los metales oro y plata. Este sistema no fué inventado por nadie. Ha resultado sencillamente de que, buscando el público para moneda una materia cómoda y estimada, ha venido a caer en la elección de esos preciados metales, que han sido empleados tradicionalmente como dinero, hasta el punto de haberse algunas veces confundido con él.

Siendo ellos naturalmente escasos, y el dinero muy necesario para la expansión de la economía, la gran demanda originada por su empleo monetario había de encarecerlos todavía más. Esa carestía garantizaba contra la tendencia inflacionista, de que la Humanidad tiene repetidas experiencias, pero al mismo tiempo creaba una dificultad a la expansión económica. Esas dos fuerzas encontradas, iluminan, y hacen comprender mejor que ninguna otra cosa, la historia económica, y buena parte de la historia política.

Hay dos medios de conseguir la cantidad de metales monetarios de que un país dispone: robarlos a la Naturaleza o robarlos a los demás que los tienen. Ambos han sido empleados largamente.

Las exploraciones auríferas han constituido verdaderas batallas, con más bajas, más sangre, sudor y lágrimas muchas veces que la más cruenta guerra. Desde la expedición de los Argonautas en busca del vellocino de oro, hasta el *rush* de Alaska hacia el río Yukon y el valle del Klondyke, la Historia está llena de exploraciones y descubrimientos que fueron movidos, más que por el interés científico, por la fiebre del oro y la plata. El hambre de esos metales ha hecho cometer más crímenes y bellaquerías que otra causa alguna. Quitar el oro a quienes lo tienen ha sido harto a menudo uno de los objetivos más deslumbradores de la guerra. Los españoles, por ejemplo, quitábamos el oro y la plata a los indios, y los ingleses, por la mano de sus piratas, procuraban quitárnoslo a nosotros. Mirada filosóficamente, la cosa parece bastante absurda, porque ni la plata, y aun menos el oro, son materias muy útiles en sí. Pero los anales de la Humanidad se aclaran mucho cuando se consideran a la luz de este problema artificial que el hombre se ha creado desde los albores de la civilización.

Lo mismo que ha movido a muchas prospecciones geográficas, ha abierto el camino a bastantes avances científicos. Buscando los alquimistas aquella piedra filosofal que todo lo podría convertir en oro, y que comparaban en valor con la panacea universal que todo lo curaría, sentaron sin quererlo las primeras bases de la Química. La fábula helénica del rey Midas no les sirvió de advertimiento del error de sus anhelos.

Mas de lo que yo quiero tratar aquí especialmente es de algo que está mucho más cerca de nuestra esfera económica. Los países pobres y pacíficos, a quienes la guerra parecía un medio demasiado cruento o quizás en exceso dispendioso para adquirir el instrumento circulatorio, descubrieron que el comercio podía ser más eficaz y noble que la rapiña. De aquí nació el mercantilismo, bajo el cual podemos decir que vivimos todavía virtualmente. Sabido es que el objetivo del mercantilismo era conseguir una balanza favorable de comercio, favorable porque su saldo en metales preciosos aportaba la deseada sustancia. ¿Quién que lea los comentarios financieros habituales de los políticos economistas dudará de que sigue siendo ese el punto de mira de la política comercial por doquier?

Es falsa la imputación de los economistas liberales de que los mercantilistas cometían el burdo error de confundir la riqueza con la posesión de los metales «nobles», que otros llaman «viles». Los mercantilistas no estimaban el oro y la plata por sí, sino porque habían observado los beneficiosos efectos que su aumento en un país ejercía sobre los negocios y el bienestar de sus habitantes: procuraba ganancias a los comerciantes, ocupación y jornal a los trabajadores e ingresos al Erario público. Si hubieran alimentado la falsa idea que se les atribuía, no habrían saludado con gozo el descubrimiento de que un trozo de papel podía hacer las veces del preciado metal, descubrimiento que a su juicio iba a liberar a la Humanidad de esa maldición tradicional de la escasez de dinero. Juan Law era un mercantilista. Pero ¡ay! la moneda de papel era la nueva modalidad de un viejo expediente que se había empleado hace ya mucho tiempo, siempre que apretaba la necesidad de multiplicar los medios circulatorios: rebajar la cantidad de metal fino que la moneda contenía, para poder acuñar más numerario con la misma cantidad de metal. Lo que se había descubierto ahora era el medio de quitar todo el metal, dejando reducida la moneda a una cosa sin valor intrínseco alguno.

La Humanidad ha estado siempre debatiéndose entre estos dos polos: la inflación y la penuria. Huyendo del uno da en el otro. Habiendo progresado tanto en otros órdenes, en éste tan esencial no ha logrado nada nuevo. Es ahora, no hace muchos años, cuando un gran economista nos descubre el mediterráneo de que los mercantilistas tenían razón, y se muestra contrito de haber seguido falsas doctrinas liberales que le enseñaron en su juventud. El error tiene ese inconveniente: que nos hace dar vueltas interminables dentro de un círculo sin salida.

Cuando miramos las cosas desde el punto de vista de la escasez básica del dinero, cualidad que, sin darnos cuenta, hemos insuflado en él, todo se aclara. El uso del oro y la plata como moneda permiten sortear el peligro de inflación, pero al mismo tiempo se sufre de la falta de medios de expansión y se busca la manera de salvarla inventando recursos que permiten eludirla. Acontecimientos tan señalados en la historia económica como las invenciones del papel moneda, de los efectos comerciales, del

crédito, de la banca, se deben a esta necesidad orgánica. Mas en cuanto son órganos de liberación de la escasez monetaria, nos acercan el peligro del otro escollo que se quiere evitar. La Humanidad se halla así condenada a una especie de suplicio de Tántalo: tiene sed, y a su vista se halla el agua que parece fácil alcanzar, pero en cuanto se acerca a ella, el aterrador espectro de la desvaloración se aparece, y hay que renunciar a saciar el voraz apetito que atormenta el organismo económico.

El caso del papel moneda es un ejemplo típico. Parecía constituir la solución del problema. Pero el escarmiento fué tan grande cuantas veces se quiso ensayar el remedio, que los hombres tuvieron que renunciar a él, volviendo una y otra vez sobre sus pasos. No se abandonó con todo, pero se le puso bocado y freno, creando lo que propiamente se llamaron patrones metálicos (de oro, de plata o de ambos metales). Se les dotó de reglas con las que se creía mantener la estabilidad, haciendo depender la circulación de la cantidad de metales de que se disponía. Era, en el fondo, lo mismo que ocurría antes. La circulación dependía de la cantidad de metal y había de canjearse siempre por él al precio legal. El efecto era el mismo que si se hubiese incrementado la masa metálica disponible para los efectos monetarios. Además en casos de apremio, se podía incurrir fácilmente en extralimitaciones que salvarasen el paso difícil, pues la materia para hacerlo no faltaba. En esto consistía la ventaja y al mismo

tiempo el peligro. Con frecuencia se ha utilizado la una y se ha caído en el otro. Verdad es que las necesidades eran apremiantes.

Así como la circulación metálica ha ido unida al sistema mercantilista, el nuevo régimen monetario, caracterizado por la circulación de papel, por el desarrollo del crédito y de la banca, ha ido unido al régimen llamado proteccionista, un cambio de nombre que no responde a un cambio de esencia, porque si las mismas causas producen los mismos efectos, un régimen que se basa también, aunque con mayor elasticidad, sobre la posesión de cierta cantidad de metal, ha apoyarse en la obtención de una balanza favorable de comercio, en la imposición de derechos aduaneros, en la rivalidad comercial y en todos los artilugios del mercantilismo, complementados con algunos adminículos nuevos que no constituyen ciertamente un progreso hacia la libertad comercial. Ahora, más que de oro se habla de divisas, es decir, de promesas de pago en monedas extranjeras; eso demuestra que no es el metal en sí lo que importa; no erà eso tampoco lo que importaba a los mercantilistas. Oro, dinero, papeles que lo representan, todo es igual para el caso. Lo que interesa es ampliar los recursos adquisitivos escasos, sin caer en la temida inflación, problema éste que trae a mal traer a la familia humana, y que no parece tener solución dentro del marco institucional de la presente Economía.

Germán Bernácer.